

RICARDO BOFILL.

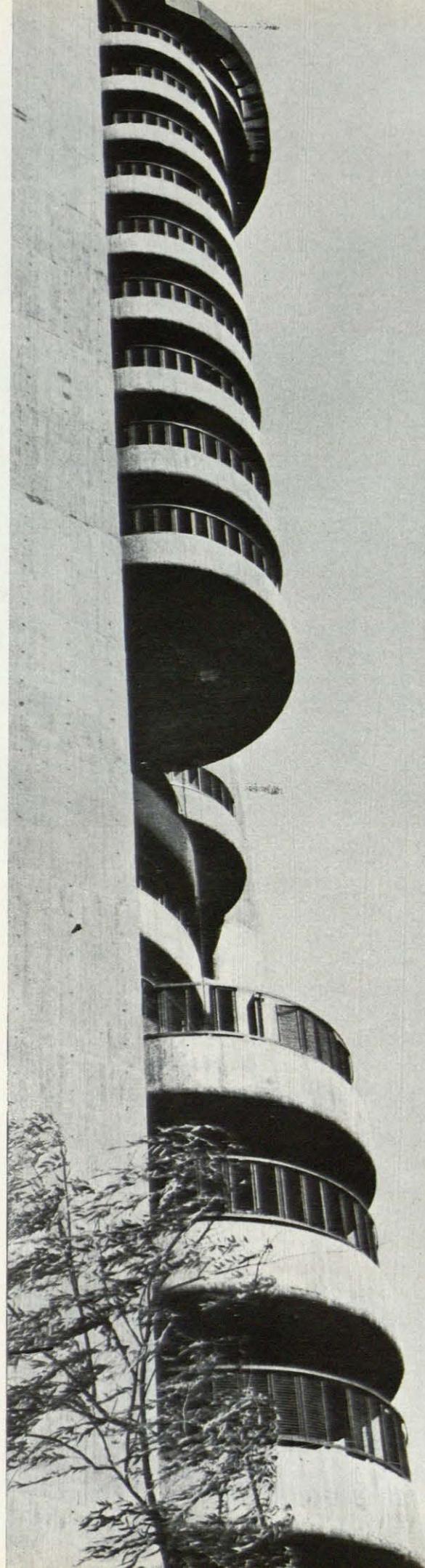
ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA ARQUITECTURA SUGERIDAS POR LA CONTEMPLACION DE LAS TORRES BLANCAS DE SAENZ DE OIZA

No creo que se pueda realizar una crítica objetiva de un edificio, sobre todo por parte de otro profesional, sin incurrir en algún falseamiento de principio. Una crítica de este tipo se hará desde fuera y desde una perspectiva que, de un modo u otro, favorecerá la posición del crítico. Nadie mejor que el propio autor conoce las presiones, los condicionamientos y los límites de su obra. Trataré, pues, únicamente de formular algunas consideraciones, seguramente marginales, de un edificio que considero especialmente significativo.

Cuando me acerco a las Torres Blancas tengo la impresión de estar delante de una obra importante. Se trata de un objeto cuyo poder expresivo es de tal magnitud que resulta difícil no reaccionar ante él, aunque el espectador esté muy alejado de poseer alguna sensibilidad arquitectónica. Constituye un extraño espectáculo que conmueve y sobrecoge al mismo tiempo. Como si toda una conocida tradición de la arquitectura se mezclara a la comprensión y al gusto por el lugar que lo ubica; como si, participando de lo que Bruno Zevi llamaba hace pocos años el organicismo, Saenz de Oiza hubiese comprendido las sugerencias ambientales e históricas que le ofrecía Castilla. Tengo la impresión de estar

delante de una especie de castillo o roca monumental y grandilocuente situada en el centro de Madrid. Es una obra que, a través de las sugerencias que desprende, me permite entender y, en cierto modo, participar de una estética y de una historia que no me son totalmente afines.

Creo que un extranjero un poco imaginativo puede situarse ante las Torres Blancas y entender algo de la historia de España, del mismo modo que puede entenderlo ante el Monasterio del Escorial. Me refiero casi a una representatividad totalizadora, pues está claro que de un modo parcial o puramente impresionístico basta cualquier rincón, una mínima piedra historiada, para realizar esta operación. Una vez dentro, cuando se han traspasado las murallas y los fosos de este magnífico castillo de Saenz de Oiza, empiezan a descubrirse ambientes auténticamente arquitectónicos, estructurados con una clara voluntad de creación de espacios articulados que fluyen sucesivamente. Puedo recorrer esta torre como un auténtico museo de arquitectura, hasta que, completamente agotado por el espectáculo, empiezo a tener ganas de cerrar la puerta y organizar en su interior un ambiente que me permita desarrollar, prescindiendo absolutamente del exterior, to-



das y cada una de mis obsesiones. De nuevo, y de una forma distinta, entiendo que se trata de una obra importante, de uno de estos lugares en los que podría adecuar mi personalidad al espacio arquitectónico.

Me gustaría vivir en algún castillo, quizás en el de Coca, en un caserío de Ibiza o en las Torres Blancas; en definitiva, en alguno de estos lugares capaces de provocar sorpresa, en uno de estos espacios que nunca se pueden aprehender, que continuamente están llenos de sugerencias y de modificaciones, en un espacio capaz de crear una cierta magia. Saenz de Oiza ha interpretado exactamente mi sensibilidad, mis inhibiciones y ha fomentado el desarrollo de mi propia personalidad.

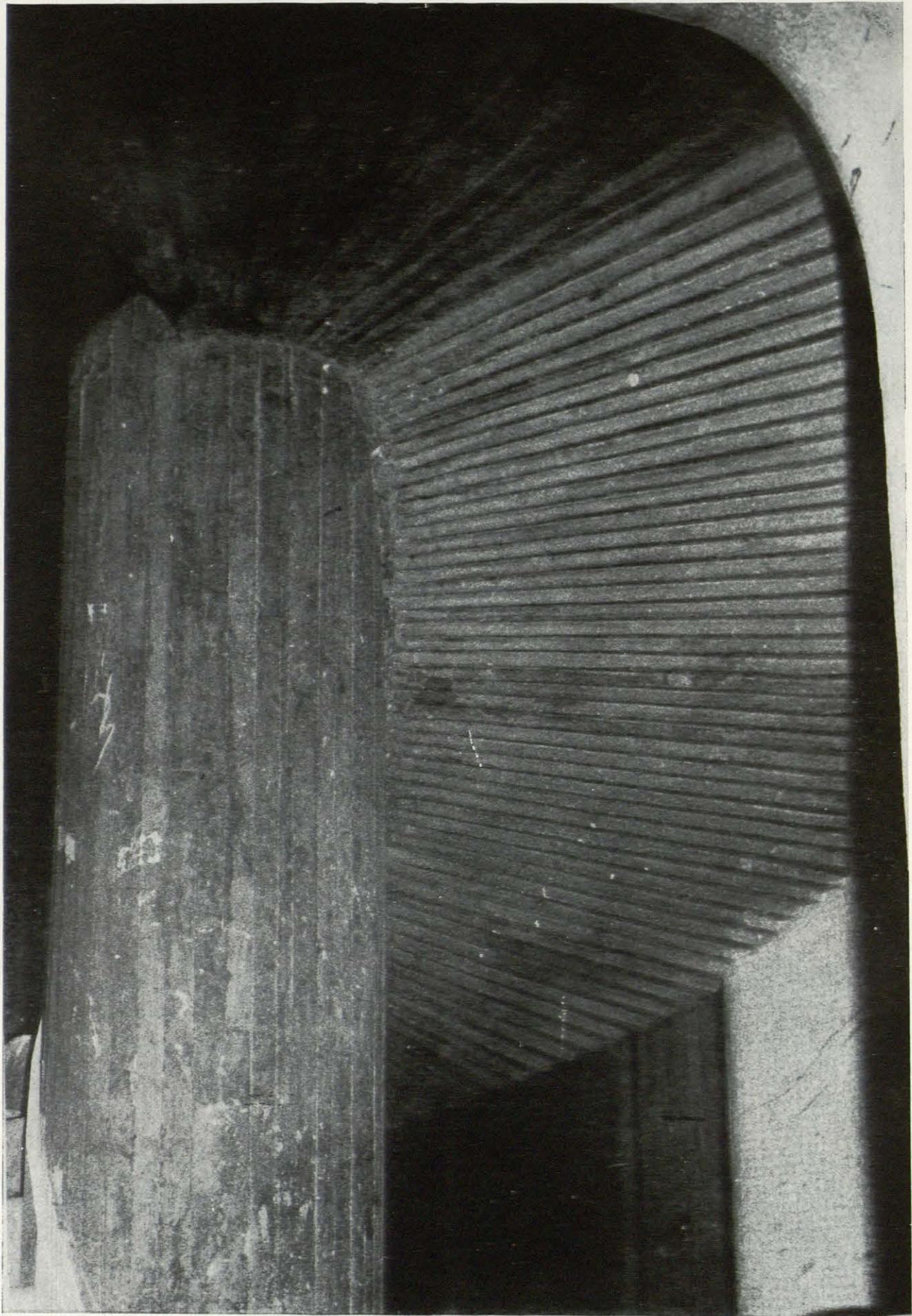
Me gustaría ser lo suficientemente ajeno a los prejuicios arquitectónicos para terminar la crítica en este punto, diciendo tranquilamente que las Torres Blancas es el edificio más bello, sugerente y expresivo que se ha construido en Europa en los últimos diez años. Pero como de uno u otro modo estoy vinculado a esta extraña profesión que lentamente va perdiendo su propia razón de ser, tengo que defender una cierta posibilidad de apertura, de continuidad o de transformación de la arquitectura.

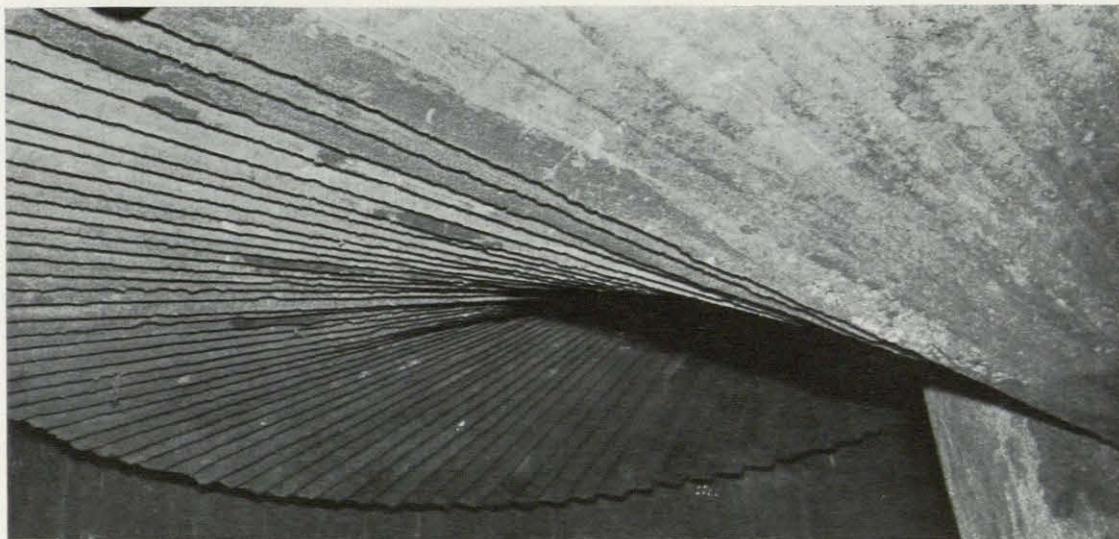
Picasso, que es un pintor de genio excepcional, acaba con una época cerrando toda posibilidad de continuidad. A partir del mundo y de la técnica de Picasso, es imposible seguir adelante, y sólo se le puede considerar como iniciador asimilando la lección de la crisis y aniquilamiento de la pintura académica y convencional. Me parecen inútiles los vagos intentos de competencia con las Torres Blancas, intentar superarlas, contradecirlas o criticarlas desde el punto de vista constructivo, funcional o sociológico. No se trata de una posible incoherencia en la colocación de la carpintería, en el uso aristocrático de sus funciones, en el orden o desorden de su composición. Comparto exactamente la opinión de mi amigo cuando dice acerca de la imaginación esquizofrénica: "...afortunadamente hoy puede afirmarse sin mucho rubor que no sabemos con demasiada exactitud qué es el arte. Quizás el arte sea expresión y significación, o más probablemente expresión o significación. Expresión que puede reducirse a la formulación implícita de una determinada forma de vida; significación que incluye también lo confuso y lo destructivo."

Sólo me importa llegar a entender que Saenz de Oiza ha llevado al límite una cierta experiencia, ha cerrado una cierta posibilidad de desarrollo de la arquitectura en la tendencia que ha sabido asumir. A pesar de considerarme un defensor del formalismo, creo que a través de un análisis del significado de este monumento podemos entender la lección que desprende.

Las Torres Blancas es un edificio singular, ajeno a cuanto le rodea, situado en el centro de la ciudad. Los pintores han comprendido hace tiempo que el cuadro ha perdido su significado, especialmente si está colgado en la pared de una casa o de un museo. Los arquitectos, en cambio, no hemos comprendido todavía que un edificio en una ciudad es como un cuadro en un museo. Una tela de grandes dimensiones, pero una tela en definitiva.

Es curioso observar cómo la gran revolución arquitectónica de los años veinte estuvo motivada, en primera instancia, por razones tecnológicas, económicas y sociológicas; cómo las causas primeras que dieron origen al bloque racionalista no fueron las expuestas en la "carta de Atenas", sino la necesidad de abordar el problema de la vivienda; cómo este problema ha ido transformándose lentamente hasta llegar a la situación actual, en la cual,





de nuevo, los grandes maestros de la arquitectura construyen únicamente las catedrales del siglo XX. Nosotros, en este momento, intentamos afirmar nuestra personalidad, empequeñecida por razones históricas, y construimos joyas que, polemizando con la de Saenz de Oiza, no hace más que demostrar la aceptación del sistema. Participamos íntegramente en el juego de intereses que mueven el comercio actual de la obra de arte y terminamos por ser un elemento más en el gran teatro de la arquitectura. Este fenómeno es la causa de que la mejor arquitectura haya sido la más costosa y se haya realizado en los países ricos y en los "walls streets" de las grandes ciudades.

Creemos, porque conviene a nuestra necesidad de prestigio y a nuestra pequeña inmortalidad, que realizando una joya o un monumento aislado podremos erigirnos en jueces académicos. Mientras tanto, se producen fenómenos de orden cultural y económico que demuestran la posibilidad de emplear otros mecanismos que rompan con el actual sistema.

Mi intención no es en ningún momento la de provocar una polémica a un nivel falsamente político; plantear una determinada demagogia arquitectónica en favor de los pobres, de una arquitectura llamada por algunos "social"; en definitiva, una forma de defender la trasnochada social-democracia. Me interesa, eso sí, entender lo más exactamente posible la lección de las Torres Blancas e intentar, a partir de esto, desenmascarar la extraña situación en la que se encuentra actualmente la arquitectura. Me parece inútil defender una profesión que está agonizando, y considero más rentable vislumbrar la posibilidad de que el arte arquitectónico, de acuerdo con su propio proceso, pueda contribuir a transformar la realidad existente a partir de una cierta imaginación no convencional o esquizofrénica que convierta la ciudad en un organismo urbano, en un espectáculo colectivo donde la participación de la gente no se reduzca a la actitud contemplativa ante un edificio. Mientras tanto, querré vivir en uno de los espacios mágicos y angustiosos de las Torres Blancas.



RICARDO BOFILL Y JAVIER SAENZ DE OIZA.